

# LA CRISIS, LA PLANIFICACIÓN Y LA CALIDAD DE LA VIDA: EL MANEJO DE LAS NUEVAS RELACIONES HISTÓRICAS ENTRE ESPACIO Y SOCIEDAD

MANUEL CASTELLS

## Resumen

Vivimos en medio de una de las mayores crisis estructurales. Esta crisis es multidimensional: cultural y política tanto como económica. Está transformando de manera simultánea las formas espaciales y los problemas urbanos, y los está convirtiendo en poderosos instrumentos para las políticas que tienen como perspectiva el manejo de la crisis desde diferentes puntos de vista, de acuerdo con un patrón de intereses sociales contradictorios.

La primera parte del ensayo trata de delinear los principales efectos de la crisis sobre el ámbito urbano, enfocando en particular las consecuencias de las nuevas tecnologías sobre el espacio, las cuales podrían ser devastadoras *si* fueran utilizadas para endurecer las tendencias dominantes del capitalismo corporativo y del estatismo autoritario. La segunda parte del ensayo intenta prever algunas alternativas potenciales para manejar la crisis, sobre la base de los proyectos de defensa del consumo colectivo, de la afirmación de la identidad cultural y del incremento del auto-gobierno, que están siendo estimulados por grupos de gente común y por los gobiernos locales progresistas en todas partes del mundo. Apoyándonos sobre algunas experiencias recientes de gobiernos locales de Europa y de los Estados Unidos, terminamos el ensayo bosquejando algunas políticas urbanas alternativas, que podrían ser al mismo tiempo socialmente posibles, técnicamente eficientes y progresistas desde el punto de vista político. Este ensayo trata de explorar el campo de los nuevos caminos ofrecidos al cambio social urbano, que en nuestro tiempo y en nuestras sociedades se encuentran entre las luchas defensivas y el reformismo miope.

## 1. Introducción: urbanismo, crisis y calidad de la vida

La nuestra es una época de crisis, no sólo económica, sino cultural y política al mismo tiempo (Castells, 1980 a). La percepción social de las crisis toma con frecuencia la forma de sentimientos colectivos con respecto al deterioro de la calidad de la vida. Puesto que la forma material de nuestra vida cotidiana ha adoptado la forma espacial de lo que llamamos la región metropolitana, la ciudad moderna y el proceso de urbanización en general han llegado a asociarse con muchos de nuestros males sociales, económicos y ecológicos (Burchell y Listokin, 1981; Varios autores, 1975; Dear y Scott, 1981; y Harlos y Le Bas, 1981). Hace diez años yo critiqué ese concepto y demostré que las formas espaciales no determinan las relaciones sociales (Castells, 1972); intervienen, más bien, en una red compleja de variables, las cuales son fundamentalmente dominadas por relaciones de producción, sexo y poder (Castells, 1983). Por lo tanto, ni la forma metropolitana ni el crecimiento industrial y menos aún el progreso tecnológico son responsables *per se* de los procesos de decadencia económica, alienación social y falta de legitimación política que estamos observando en nuestro mundo actual (Dagnaud, 1976). Una observación de este tipo no es simplemente académica, puesto que si somos capaces de señalar con precisión las fuentes de donde surge la crisis, podemos inventar nuevas políticas para superarla. Sin embargo, de la crítica de la "teoría espacialista" de las crisis sociales no se deduce que el espacio no tenga importancia ni que la dimensión espacial de la crisis deba ser ignorada. Por cierto que se puede afirmar todo lo contrario: las sociedades existen sólo en el tiempo y en el espacio (Giddens, 1981). Y las formas particulares espacio-tiempo que toman están entre las más poderosas estructuras que condicionan la acción humana. Mi hipótesis consiste en que uno de los procesos fundamentales que operan en la crisis mundial contemporánea es la formación de una nueva relación histórica entre espacio y sociedad. Esta relación, si se desarrollara, podría conducir a consecuencias que potencialmente serían destructivas de *todo* tipo de relaciones sociales. Creo que estamos al borde de una catástrofe socioespacial de gran envergadura, pero no, como dicen algunos ecologistas, debido a la metropolización y al consumo de los recursos naturales. *Es porque los nuevos intereses dominantes y las nuevas revueltas sociales tienden a disociar el espacio de las organizaciones y el espacio de la experiencia.* Por una parte, el espacio del poder se está transformando en flujos. Por el otro, el espacio del significado se está reduciendo a microterritorios de nuevas comunidades tribales. En el medio, las ciudades y las sociedades desaparecen. La

información tiende a disociarse de la comunicación. El poder se está separando de la representación política. Y la producción se disocia de manera creciente del consumo, en tanto ambos procesos se fragmentan en una serie de operaciones espacialmente diferentes cuya unidad sólo se recompone por medio de una lógica abstracta oculta. El horizonte de una tendencia histórica de tal naturaleza es la destrucción de la experiencia humana, por lo tanto de la comunicación y por lo tanto de la sociedad. Aun si el espacio no es lo determinante de dicho proceso, las formas espaciales emergentes son indicadores poderosos del mundo que está tomando forma frente a nuestros ojos. En este ensayo se exploran algunas hipótesis con respecto a estas nuevas formas espaciales, a sus determinantes sociales y a sus resultados potenciales. También trata de ir más allá sugiriendo maneras de alterar el curso de los acontecimientos históricos mediante *políticas* que sean capaces de producir un modelo alternativo de ciudad, realzando de esta manera la calidad de la vida. Por cierto que dicho modelo de alternativa espacial presupone una cantidad de condiciones sociales y políticas. Pero, con demasiada frecuencia, los analistas (incluyéndome a mí) gastan sus energías enumerando los obstáculos que se presentan para realizar cualquier reforma estructural real, sin llegar nunca al punto de proponer el *contenido* del nuevo camino que estamos requiriendo. En este ensayo me gustaría dar algunos pasos preliminares a lo largo de ese arriesgado camino, porque el tiempo de crisis es también un tiempo de cambio potencial. La incertidumbre va junto con la innovación. Hacia el final de *todas* las certidumbres políticas e intelectuales que fueron la columna vertebral de nuestras vidas, debemos aceptar el desafío de innovar, de descubrir y de experimentar, si deseamos superar el insoportable dilema entre el nihilismo cínico y la rutina dogmática.

## 2. Las nuevas relaciones históricas entre espacio y sociedad

Se ha hecho costumbre en la reciente literatura de estudios urbanos utilizar la fórmula de acuerdo con la cual el espacio es la expresión de la sociedad. Aunque dicha perspectiva es una reacción saludable contra el determinismo tecnológico y la insistencia miope que con demasiada frecuencia predomina en las disciplinas académicas relacionadas con el espacio, constituye una formulación claramente insuficiente del problema, además de ser una declaración demasiado vaga. Porque el espacio no es “un reflejo de la sociedad”, *es* la sociedad. Es una de sus dimensiones materiales fundamentales y considerarlo independientemente de las relaciones sociales, aun con la intención de estudiar

su interacción, es en realidad separar la naturaleza de la cultura y destruir de esta manera el principio fundamental de cualquier ciencia social: que materia y conciencia están interrelacionadas y que esta fusión es la esencia de lo que la historia y la ciencia son entre sí. Por lo tanto, las formas espaciales, por lo menos en nuestro planeta, serán producidas, como lo son todos los demás objetos, por la acción humana. Expresarán y representarán los intereses de clase dominante de acuerdo con un modo dado de producción y con un modo específico de desarrollo. Expresarán y llevarán a cabo las relaciones de poder del Estado en una sociedad históricamente definida. Serán efectuadas y conformadas por el proceso de dominación del sexo y por la vida de familia impuesta por el Estado. Al mismo tiempo, *las formas espaciales también estarán marcadas por la resistencia de las clases explotadas, de los sujetos oprimidos y de las mujeres dominadas. Y el funcionamiento de un proceso histórico tan contradictorio sobre el espacio estará acompañado de una forma espacial ya heredada, producto de la historia pasada y el apoyo de nuevos intereses, proyectos, protestas y sueños. Finalmente, de tiempo en tiempo, surgirán movimientos sociales para desafiar el significado de una estructura espacial y por lo tanto para intentar nuevas funciones y nuevas formas.*

No podemos explorar aquí la producción, a través del tiempo y las culturas, de formas espaciales y de significados urbanos. Pero podemos presentar en la discusión algunas tendencias históricas recientes en la transformación de las formas espaciales que subyacen bajo la producción de nuevos significados urbanos en nuestras sociedades. Sabemos así que los intereses dominantes del modo capitalista de producción, cuando éste estaba en su modelo industrial de desarrollo, condujeron a una reestructuración fundamental del territorio y a la asignación de nuevos significados a la ciudad. Son cuatro los principales procesos socioespaciales que explican dicha transformación:

- 1) la concentración y centralización de los medios de producción, unidades de dirección, fuerza de trabajo, mercados y medios de consumo en la nueva forma de unidad espacial gigantesca y compleja conocida con el nombre de área metropolitana (Bollens y Schmandt, 1965; Ducan *et al.*, 1964; Hall, 1966, 1977; Leven, 1979);

- 2) la especialización de la localización espacial de acuerdo con los intereses del capital y con la eficacia de la producción, el transporte y la distribución industrial (Fainstein y Fainstein, 1982; Sternlieb y Hughes, 1976);

- 3) la cosificación de la propia ciudad, debida tanto al mercado de bienes raíces (incluyendo la especulación en tierras) como mediante la forma de las áreas residenciales en la ciudad (por ejemplo, iniciando la expansión hacia los suburbios como una forma de abrir mercados

para la construcción y el transporte, y de crear una forma de hogares diseñados para estimular el consumo individualizado) (Harvey, 1975);

4) la movilización de la población y de los recursos en la ciudad, cambiándolos de lugar hacia donde son requeridos con el fin de maximizar la ganancia —esto condujo a migraciones masivas; desaparición de comunidades y de culturas regionales; crecimiento regional desequilibrado; desajuste espacial entre el capital físico existente y la necesidad de vivienda y equipo; y un proceso de espiral auto-generada de crecimiento urbano más allá de los límites de la eficacia colectiva y casi en el límite de las necesidades de tiempo-espacio adecuadas para mantener los patrones de comunicación humana (Tabb y Saeyers, 1977).

Dicho modelo, para el cual este proceso (4) se supone como absolutamente necesario si ha de cumplirse este tipo de desarrollo metropolitano, condujo a una crisis urbana generalizada, en materia de vivienda, servicios y control social, como lo he demostrado y analizado en otra parte (Castells, 1981a). La acción del Estado para hacer frente a la crisis urbana condujo a la creciente politización de tempranas formas de movimientos urbanos (Castells, 1978b).

La respuesta de los intereses dominantes de un sistema determinado a una crisis estructural consta siempre de dos fases. Por una parte es política: represión e integración. Ésa fue la experiencia en todos los países capitalistas en el período 1970-1980, con situaciones sociales diferentes que dieron lugar a resultados diferentes. Por otra parte, es tecnológica: mecanismos de cambio para establecer nuevos sistemas de dirección y nuevas técnicas de producción. Así pues, *el modo informacional de desarrollo* creó las condiciones para una nueva reestructuración de una forma espacial en crisis; al mismo tiempo necesitó de nuevas condiciones espaciales para su plena expansión (Mollenkopf, 1981). El principal impacto espacial de la nueva tecnología, que está basada sobre las revoluciones gemelas en los sistemas de comunicación y de la microelectrónica, es la transformación de los *lugares* espaciales en *flujos* y *canales*, lo cual equivale a la *deslocalización de los procesos de producción y consumo* (Meiers, 1962). No sólo puede transmitirse la información del remitente individual al destinatario individual a través de la distancia, sino que el proceso de consumo también puede ser individualizado y transformado en el intercambio de un bien o servicio representado por una imagen de TV cablegrafiada para un número de tarjeta de crédito registrada por teléfono. Hablando en términos técnicos, los centros comerciales ya son obsoletos. Es verdad que ir de compras implica algo más que comprar. Pero la disociación de las funciones económicas y simbólicas conduce a la diferenciación de su forma espacial y así, potencialmente, a la transformación de ambas

*funciones* dentro de flujos deslocalizados (entretenimientos mediante imágenes y drogas en el hogar; la compra mediante anuncios publicitarios y computadores *domésticos* conectados al teléfono) (Martin, 1981; Osborne, 1979; Stanback, 1979; Toffler, 1980).<sup>1</sup> Desde el punto de vista de la clase dominante existen cuatro límites a esta tendencia hacia la deslocalización de la producción y el consumo:

1) Una enorme cantidad de capital físico está en forma de activos físicos en concentraciones gigantescas creadas por las clases dominantes durante la fase precedente. Manhattan y la City de Londres no pueden ser eliminadas con tanta facilidad como el Sur del Bronx y Brixton (Friedland, 1983).

2) Algunas instituciones culturales, tradiciones históricas y redes interpersonales en los lugares altos de las élites gobernantes deben ser preservadas y mejoradas, puesto que “capital” significa *capitalistas, ejecutivos y tecnócratas*; es decir, la gente está definida y orientada y por cierto que no está dispuesta a convertirse ella misma en flujos.<sup>2</sup>

El proceso espacial que la clase dominante ha diseñado para tratar los problemas que señalamos (en 1 y 2) es un invento bien conocido, es decir, la *renovación urbana*, que consiste en la rehabilitación, revitalización, mejora y protección de un espacio exclusivo, limitado, de residencia; trabajo y ocio aislados de sus entornos inmediatos por un ejército computarizado de guardianes; y en relación con las demás islas de la élite (inclusive algunas islas destinadas a pasar las vacaciones), por medio de sistemas de comunicación aérea cada vez más protegidos (jets privados y cuartos para Personas Muy Importantes en los aeropuertos) y sistemas de teleconferencias.

3) Sin embargo, el *modo informacional de desarrollo* requiere de algunos centros para la producción de conocimientos y almacenaje de información, así como también de centros para la emisión de imágenes e información. Por lo tanto, todavía deben concentrarse espacialmente en algunos lugares las universidades, los laboratorios, las unida-

<sup>1</sup> Nos hemos beneficiado en nuestro análisis de la relación entre las nuevas tecnologías y el proceso de reestructuración espacial, de las presentaciones orales realizadas por Markusen durante la preparación de su importante libro sobre la economía política regional.

<sup>2</sup> Esta tendencia se demuestra claramente en la notable monografía investigativa realizada por Saxenian (1980) sobre la formación del “Silicon Valley”, la mayor concentración de la industria microelectrónica del mundo, localizada cerca de Santa Clara (California) y de la Universidad de Stanford. En relación con la élite ejecutiva y profesional más orientada hacia lo urbano, dicho patrón cultural parece estar detrás del llamado “movimiento de retorno a la ciudad” que en los Estados Unidos se observa en una tendencia a que los profesionales de clase media habiten en lugares de vida urbana activa (véase Laska y Spain, 1980).

des de diseño científico, los centros periodísticos, las agencias de información, los centros de servicios públicos, los centros financieros, las unidades de dirección, etcétera, con todos sus técnicos, obreros y empleados.

4) Además, *el modo informacional de desarrollo está absolutamente entrelazado con el modo industrial de desarrollo*, incluyendo la industrialización de la agricultura, la minería, y la recolección de las cosechas alrededor del mundo. Por eso mismo las fábricas, los sembrados, las viviendas y los servicios para los obreros y los campesinos no pueden ser deslocalizados.

El *proceso* espacial diseñado por la clase dominante para enfrentarse, con los obstáculos señalados (en 3 y 4), a la deslocalización del espacio, subraya la creciente *jerarquía* y *especialización* de las funciones y formas espaciales de acuerdo con su localización. Lo que permite el modo informal de desarrollo es la descomposición de los procesos de trabajo y dirección, de tal manera que diferentes tareas puedan realizarse en diferentes lugares y ser ensambladas mediante señales (en el caso de la información) o mediante tecnología de transporte avanzada (piezas de ensamble estandarizadas que se envían a partir de puntos muy remotos donde se producen). El trabajo a domicilio o en centros comunitarios, la diferenciación regional de la producción y la concentración de las unidades de dirección y de producción de información en algunos espacios privilegiados podrían ser el nuevo modelo espacial de la élite tecnocrática capitalista. Además, la expansión e integración del modo capitalista de producción a nivel mundial acelera la división internacional del trabajo y organiza, en forma jerárquica, el proceso de producción en una línea de montaje mundial; abre un mercado mundial, importa y exporta mano de obra hacia donde es conveniente en un momento particular, con un propósito particular; y transforma los flujos de capital en procedimientos contables internos a los sistemas de contabilidad de las corporaciones multinacionales, con lo cual se alcanza el límite final de la inmaterialidad del poder fundamental en el sistema capitalista: el dinero. El proyecto espacial de la nueva clase dominante tiende hacia la desconexión entre la gente y la forma espacial y, por lo tanto, entre la vida de la gente y el significado urbano. No quiere esto decir que la gente no ocupará lugares o que las ciudades desaparecerán. Por el contrario, el proceso de urbanización se acelerará en la mayor parte de los países, y la búsqueda de vivienda y de servicios será cada vez más el problema más dramático para la gente. Sin embargo, lo que tiende a desaparecer es el significado de los lugares en la conciencia de la gente. Cada lugar, cada ciudad, recibirá su significado social real a partir de su localización en la jerarquía de una red cuyo control y ritmo se escapan de cada lugar y más aun de la gen-

te de cada lugar. Por otra parte, la gente será movilizada de acuerdo con la reestructuración continua de un espacio crecientemente especializado. Los negros desocupados de Detroit ya están siendo invitados a regresar a “sus” ciudades industriales, que ahora florecen en el sur. Los mexicanos entrarán a los Estados Unidos y los turcos permanecerán en Alemania sólo hasta que la General Motors desarrolle su producción en México y Japón absorba el mercado europeo que alguna vez fue controlado por los alemanes, mediante medidas tales como las de adquirir las achacosas fábricas españolas de automóviles. El nuevo espacio de un sistema capitalista mundial que combina los modos de desarrollo informacional e industrial es un espacio de geometría variable, formado por localizaciones jerárquicamente ordenadas en una red de flujos que está en permanente cambio: flujos de capital, flujos de trabajo, de elementos de producción, de mercancías, de información, de decisiones, de señales. El nuevo significado urbano de la clase dominante es la ausencia de cualquier significado que se base en la experiencia. La abstracción de la producción tiende a ser total. La nueva fuente de poder reposa sobre el control de la red íntegra de información. El espacio se disuelve en flujos: las ciudades se convierten en sombras que explotan o desaparecen de acuerdo con decisiones que sus ocupantes ignorarán siempre. La experiencia externa está cercenada de la experiencia interna. El nuevo significado que intenta lo urbano es la separación espacial y cultural de la gente de su producto y de su historia. Es el espacio de la alineación colectiva y de la violencia individual, transformada por una retroalimentación indiferenciada que no tiene fin ni comienzo. La vida se transforma en abstracción, las ciudades en sombras.

Sin embargo, ésta no será la forma espacial que surgirá o el significado urbano a ser impuesto por la nueva clase dominante sin encontrar resistencia. Porque el espacio y las ciudades, así como también la historia, no son los productos de las voluntades y de los intereses de las clases, sexo y aparatos dominantes sino, más bien, el resultado de un proceso en el cual ellos son resistidos por las clases, el sexo y los sujetos dominados y en el cual se encuentran proyectos alternativos de los nuevos actores sociales emergentes. Por lo tanto, el cianotipo espacial de la tecnocracia capitalista está siendo históricamente desafiado por el significado urbano alternativo proyectado por los trabajadores, por las mujeres, por los ciudadanos, por los movimientos sociales urbanos, a lo largo de una serie de dimensiones que debemos señalar.

Cada reestructuración espacial intentada por la nueva clase dominante, cada significado urbano definido por los capitalistas, ejecutivos y tecnócratas, se enfrenta con proyectos conflictivos de significado,

funciones y formas urbanas, que provienen de una amplia variedad de actores sociales. Para usar los términos de Tilly (1977), algunos movimientos son *reactivos* ante las interrupciones operadas en su espacio por la clase dominante; algunos son *proactivos* en la proposición de nuevas formas de relaciones entre espacio y sociedad. Podemos bosquejar las tendencias básicas de esta nueva lucha histórica con respecto a la definición del significado urbano.

En pro de la claridad, enumeraremos las diferentes relaciones contradictorias establecidas entre el proyecto espacial de la clase dominante y el significado alternativo propuesto por las clases populares y/o los movimientos sociales:

a) La adaptación de viejos espacios a nuevas funciones dominantes mediante el proceso de renovación urbana y la reestructuración regional sobre la base de una nueva especialización del territorio, se enfrentan, cada una, con la *resistencia de las vecindades que no desean desaparecer, de las culturas regionales que quieren agruparse y de la gente que, antes desarraigada, desea crear nuevas raíces*. La publicación más lucida del *establishment* corporativo de los Estados Unidos de Norteamérica, *Business Week*, tomó conciencia del problema. Su edición del 27 de julio de 1981 estuvo dominada por un título de la cubierta que decía: “La nueva sociedad inmóvil de los Estados Unidos”, para llamar la atención sobre un informe especial en el cual se lee:

La celebrada “sociedad móvil” de los Estados Unidos está echando raíces. Después de un cuarto de siglo durante el cual el 20% de la población cambió de domicilio anualmente, el porcentaje está descendiendo. Cayó a 17.7% en el último estudio del Censo en 1976 y continúa su declinación, según dicen los funcionarios del Censo [...] Harry H. Long, especialista en migraciones y jefe de esa Oficina, dice que es muy poco probable que Estados Unidos retorne a la movilidad de los años cincuenta y sesenta. Esa movilidad fácil —que había sido tanto la evidencia como la causa de las formas libres y de las innovaciones en la economía de la nación— ha terminado. Para la industria de los Estados Unidos, el tratamiento de los efectos de este cambio será uno de los mayores desafíos para los años ochenta [...] La evidencia de que los norteamericanos permanecen quietos es tan exacta como la casa o la oficina próxima. Las parejas formadas por profesionales, los altos costos de la vivienda, la inflación y el énfasis creciente que se otorga al ocio o a las actividades de la comunidad, constituyen límites —a la “calidad de la vida”— y los obreros se resisten a la relocalización (*Business Week*, 1981, página 58).

Por lo tanto, de acuerdo con *Business Week*, la movilidad, un requi-

sito espacial fundamental del modo industrial de desarrollo y, en alguna medida, del modo informacional, se ve desafiado por la defensa de las vecindades y la búsqueda de una “calidad de vida”.

b) Un modelo algo más complicado parece estar surgiendo al nivel de la *nueva división internacional del trabajo*. La penetración de las economías nacionales por las corporaciones internacionales, por la “revolución verde” y por las redes financieras internacionales, desbata por completo la estructura productiva preexistente y provoca el proceso acelerado de las migraciones rurales-urbanas y urbanas-metropolitanas. Una vez en la gran ciudad, los que apenas llegan tratan de establecerse en comunidades estables, de construir vecindarios y de confiar en las redes locales. La economía mundial sin raíces y la comunidad local cooperativa son dos fases del mismo proceso, inclinándose ambas hacia alguna confrontación potencial decisiva (Castells, 1980b).

c) El tercer debate importante con respecto a la ciudad concierne a las *consecuencias espaciales de la información y el conocimiento como fuente principal de productividad*, lo cual, en realidad constituye un nuevo modelo de desarrollo (Stanback, 1979). El principal problema social que se presenta con respecto a la confianza en la información es que las relaciones de poder y las relaciones de clase dominan y controlan el marco dentro del cual se desarrolla la información. Por lo tanto, en el contexto de una sociedad política clasista, cuanto más información se desarrolle, más deben ser controlados los canales de la comunicación. En otras palabras, para que la información se convierta en una fuente de control, *la información y la comunicación deben ser separadas*; se debe asegurar el monopolio de los mensajes y el envío de imágenes debe ser programado, así como su retroalimentación. Además, aquí la fuente de la nueva forma de dominación no es ni la computadora ni el video ni los medios masivos. Los sistemas interactivos de comunicación y la diseminación computarizada del conocimiento sobre las tecnologías se han desarrollado bastante como para haber mejorado en forma notable, en lugar de reducirla, la cantidad de comunicaciones e informaciones entre las personas, así como la diversidad cultural de sus mensajes (Sabbah, 1981). Pero el monopolio de los mensajes emitidos por los medios de comunicación controlados por el capital o por el Estado, así como el monopolio de la información por la tecnocracia, han generado una reacción por parte de las comunidades locales insistentes en la construcción de culturas y modelos alternativos de comunicación mediante la interacción cara a cara y la reanimación de la tradición oral. La deslocalización de la comunicación y la cultura por los flujos de información centralizados en

una sola dirección esta siendo enfrentada por la localización de redes de comunicación sobre la base de comunidades culturales y redes sociales que están arraigadas territorialmente. La uniformidad cultural de los medios masivos de comunicación se enfrenta con la especificidad cultural de redes interpersonales basadas en el espacio. Así pues, aunque los tecnócratas informacionales disuelvan el espacio en sus flujos, la gente incrédula tiende a confiar cada vez más en la experiencia como su fuente básica de información. El quiebre potencial de la comunicación de doble vía crearía una notable brecha en la legitimidad simbólica de nuestra sociedad informacional.

d) Los movimientos populares, puestos en acción por la aceleración de la reestructuración del espacio por el modelo informacional de desarrollo y la nueva división internacional del trabajo, han llegado a generar protestas urbanas surgidas de otras contradicciones estructurales de la ciudad capitalista. Los más destacados de estos movimientos urbanos son los que llamamos *sindicatos de consumo colectivo*. La concentración económica y espacial de la producción condujo a la socialización del consumo bajo condiciones tales que la mayor parte de los medios colectivos de consumo (por ejemplo, viviendas, escuelas, centros de salud y diversiones culturales) fueron insuficientemente rentables para las inversiones de capital privado, a menos que el Estado proporcionara las condiciones para que el mercado estuviera libre de riesgos o tomara responsabilidad directa en la distribución y manejo de los servicios urbanos. Las condiciones de vida en la ciudad se convirtieron en una parte crucial del salario social, en sí mismo componente del Estado del bienestar. Aunque estos desarrollos liberaron la presión sobre las demandas de alzas a los salarios directos y crearon un marco de paz social relativa entre el capital y el trabajo, también condujeron a la formación de un nuevo tipo de movimiento de demanda referido a los niveles, precios y modos de vida, condicionados por los servicios urbanos. Cuando la crisis económica de los años setenta expresó los límites de la insostenible contradicción de una economía capitalista que se apoyaba en forma creciente sobre un sector estatal de distribución de servicios en constante expansión (Castells, 1980a), la crisis fiscal urbana en los Estados Unidos (Alcaly y Mermelstein, 1977) y las políticas de austeridad en Europa (Conferencia del Grupo de Economistas Socialistas al servicio de los Gobiernos, 1979) tuvieron que enfrentar las demandas populares de medios colectivos de consumo que se habían convertido en la base material para la vida cotidiana. La recosificación de la ciudad tuvo que desafiar la demanda colectiva de “una buena ciudad”, como un servicio social al cual tenían derecho todos los ciudadanos.

e) Otra tendencia fundamental del modo capitalista de producción en su nueva forma *industrial* de desarrollo a nivel mundial, fue la de incorporar obreros de diferentes orígenes étnicos y culturales de tal manera que éstos fueran mucho más vulnerables, social y políticamente, a los requerimientos del capital que los obreros ciudadanos nativos de los países centrales (Castells, 1975).<sup>3</sup> Además, a nivel mundial, la separación introducida dentro de los rangos del trabajo tuvo la posibilidad de conducir hacia la fragmentación étnica de la clase trabajadora, que había tenido tanto éxito en la formación del capitalismo de los Estados Unidos de Norteamérica, donde había puesto las bases para una victoria completa de los negocios sobre la clase trabajadora (Aronowitz, 1973). En realidad, la experiencia ha demostrado que los trabajadores inmigrantes fueron menos sumisos de lo que se había previsto y en algunos países, como Suiza y Alemania, se pusieron al frente de una nueva ola de lucha social (Castells y Kosack, 1973). Pero el mecanismo económico de la sobreexplotación de los inmigrantes funciona aún tanto en los Estados Unidos como en Europa Occidental, no obstante el extenso desempleo y la creciente militancia de la mano de obra inmigrante. Como consecuencia, la estructura étnica de las principales ciudades capitalistas ha experimentado otra transformación fundamental en las dos últimas décadas y el proceso está en expansión. En forma combinada con los procesos clásicos de segregación espacial, discriminación racial y mercados de vivienda segregados, las comunidades étnicas afincadas territorialmente, están siguiendo, más que nunca, una tendencia diferente. El desarrollo reciente de una "economía informal" en el área metropolitana, basada sobre la mano de obra barata y las condiciones ilegales de trabajo y de vida, está expandiendo el tamaño del fenómeno y la rudeza de la existencia de los recién llegados. La propia base de su utilidad para la nueva economía es su situación indefensa, la cual requiere del mantenimiento de una situación de dependencia y desorganización, con referencia al mercado de trabajo, a las instituciones del Estado y a la vida corriente de la ciudad. Si los nuevos urbanizados han de sobrevivir, necesitan, más que nunca, reconstruir un universo social, una tierra local, un espacio de libertad, una *comunidad*. Algunas veces la comunidad se funda sobre la base de la reconstrucción de la jerarquía social y de la explotación económica de la sociedad que dejaron atrás, como en el caso de Chinatown en San Francisco, dominada por las "seis empresas", o la comunidad cubana de Miami, dominada por la burguesía cubana exi-

<sup>3</sup> El análisis parece verificarse, en sus líneas principales, para los Estados Unidos, según la investigación estadística e histórica sobre inmigración que realiza Alejandro Portes, profesor de Sociología de la Universidad The Johns Hopkins.

liada. En otros casos, las organizaciones de la comunidad de base étnica han movilizado a un vecindario tanto por sus necesidades urbanas como para protegerse de los prejuicios institucionalizados; por ejemplo, los latinos en Los Ángeles, los portorriqueños en Nueva York y los de las Indias Occidentales en Londres. Con mayor frecuencia, la auto-organización, en particular entre los jóvenes, toma la forma de “clubes”, “palomillas” o “grupos” donde la identidad de quienes los constituyen se vincula a la supervivencia colectiva, donde la economía de la droga y el bajo mundo encuentra su fuerza de trabajo, y donde los límites territoriales de una “palomilla” se convierten al mismo tiempo en la prueba material de su poder sobre “algo” y en el piso de la tienda de donde logran sus ingresos. Algunas veces todos estos elementos se reúnen en importantes estallidos de revueltas, cuando todas las puertas están cerradas y las ciudades interiores todavía están incendiándose en el horno del proceso de reestructuración de la economía de servicios. Contra el espacio segregado de la fragmentación étnica, la extrañeza cultural y la sobreexplotación económica de la nueva ciudad “postindustrial”, las comunidades de la ciudad interior contrapeasan, con la defensa de alguna identidad, la preservación de su cultura, la búsqueda de sus raíces y la marcación de su territorio apenas adquirido. También algunas veces despliegan su rabia e intentan devastar las instituciones que, según ellos, devastan su vida cotidiana.

f) El espacio siempre se ha conectado con el Estado. Esto es aún más evidente en las nuevas formas y funciones urbanas del sistema capitalista. El manejo de los servicios urbanos por las instituciones estatales, aun cuando sea una demanda del movimiento laboral por ser parte del contrato social alcanzado mediante la lucha de clases, ha sido uno de los más poderosos y sutiles mecanismos de control social y poder institucional sobre la vida cotidiana de nuestras sociedades, como lo han establecido tanto teórica como empíricamente los investigadores de CERFI, un centro de investigación con sede en París dirigido por Foucault (Foucault, 1975; Faourquet y Murard, 1973; Murard y Zylbermann, 1976). Además, la centralización del Estado, el creciente papel de la rama ejecutiva, el encogimiento y burocratización del sistema político y la reducción de los recursos fiscales y del poder legal para los gobiernos locales, han conducido a una situación en la que el ejercicio de la democracia está limitado a algunos, aunque cruciales, votos de gente que tiene que elegir entre un número limitado de alternativas cuya generación ha sido, en parte, alejada de la información, conciencia, opinión y decisión públicas.

La brecha ente la sociedad civil y el sistema político se está ensanchando debido a la rigidez de los partidos políticos y su dificultad de

ser receptivos ante los valores y las demandas expresados por los nuevos movimientos sociales: feministas, ecologistas, juventud de la contracultura, etcétera. Esta crisis de “legitimidad” del Estado democrático (Habermas, 1973) ha convencido a los expertos de la Comisión Trilateral de que la democracia debiera ser restringida y limitada, para que la gente no se tomara excesivas libertades (Crozier *et al.*, 1975). También existen tendencias crecientes hacia el “tribalismo político”, el abandono de la vida democrática y la retirada hacia el desierto de casas usurpadas, comunas libres e instituciones alternativas (Anderiesen, 1981). En el mismo centro de nuestra civilización se está desarrollando un debate fundamental con respecto al Estado y es bastante sorprendente que en él se tienda a utilizar un lenguaje territorial. La nueva élite tecnocrática capitalista reclama un Estado sin límites, sin territorio, sin fronteras: además, un Estado que gobierne los flujos. Su programa incluye control de información del total de la población por medios electrónicos con el almacenamiento de archivos en memorias interconectadas; ablandamiento de las fronteras nacionales; centralización estatal de la energía mediante la adopción de la energía nuclear; concentración de las decisiones en pequeños gabinetes ministeriales y grupos *ad hoc*, que por sí mismos se confíen a maquinarias burocráticas poderosas y consideren a los gobiernos locales tanto “parroquiales” como incompetentes para comprender el cuadro total y, por tanto, no merecedores de sus responsabilidades. Esta nueva forma de despotismo ilustrado reclama un orden mundial deslocalizado en el cual la representación de los ciudadanos sobre la base de su pertenencia a la ciudad debe ser reemplazada por quienes controlan el *know-how*, quienes tienen una visión más amplia de los problemas de este planeta desde el salón de reuniones alfombrado de un barco especial.<sup>4</sup>

A este sistema urbano crecientemente penetrado y controlado por un Estado centralizado por medio de sus burocracias aisladas, *personas de todas las clases* han opuesto visiones alternativas de la relación entre la ciudad y el Estado. Por una parte, cuando los intrusos alemanes solicitan un lugar para vivir y una modesta subvención para sobrevivir en su territorio libre, es decir, cuando en *forma explícita* piden ser colocados en una *reservación urbana*, están saltando hasta el último

<sup>4</sup> Por cierto que no nos estamos refiriendo a políticas específicas, sino más bien señalando tendencias históricas de la nueva clase dominante. Por ejemplo, la administración Reagan *subraya* el papel de los gobiernos locales en el desmantelamiento del Estado del bienestar, con la confianza en que existe una opinión conservadora en la mayor parte de las comunidades segregadas de los *suburbios* de los Estados Unidos. Pero si los gobiernos locales dictan leyes para controlar las rentas, la Republican Urban Task Force los amenaza con el retiro de los fondos federales.

escalón en la desintegración de la relación entre el Estado y la sociedad civil (Mayer, 1984). La comuna “Christiania” en Copenhagen, la “indiani metropolitani” en Italia, algunos de los intrusos holandeses, a veces los miembros de la comunidad de homosexuales de California, y ciertamente la juventud de Zurich, participan todos de una actitud similar: si la ciudad no puede liberarse del Estado, entonces se le debe pedir al Estado que se libere de una pequeña parte de la ciudad, con la condición de que esta zona sea una verdadera vecindad ciudadana, con intensa vida urbana y tradición histórica, y no sólo un pedazo de tierra en algún complejo anónimo de departamentos suburbanos.

Por otra parte, en todo el mundo, a la tendencia hacia el centralismo del Estado y hacia la dominación de la ciudad por el Estado se le opone una apelación popular masiva para que haya *autonomía local* y *auto-gobierno urbano*. La revitalización de la democracia depende de la capacidad de conectar las nuevas demandas, valores y proyectos, a las instituciones que manejan la sociedad (esto es: el Estado) sobre la base de la penetración creciente del Estado por la sociedad civil, comenzando por el nivel y en el lugar en que la gente puede *participar* más activamente en el proceso de la toma de decisiones: las instituciones comunales del gobierno local (Castells, 1981b), de la manera más descentralizada posible en forma de consejos vecinales, una vía abierta hace veinte años por la experiencia de Bologna (Nanetti, 1977). Entre el Estado y su región aledaña indiferenciada, por una parte, y la demanda de reservaciones urbanas, por la otra, parece posible un nuevo proyecto de auto-gobierno para reconstruir la relación entre el Estado y la ciudad sobre la base de sus mutuas gentes comunes.

### 3. La calidad de la vida y el manejo político de la crisis

El análisis precedente sólo subraya *tendencias* históricas. Sin embargo, “la gente” puede actuar sobre dichas tendencias, alterarlas, transformarlas y producir un espacio diferente, un tiempo diferente de acuerdo con sus intereses, valores, proyectos y sueños.

Es aquí cuando entramos en el debate con respecto a qué clase de futuro deseamos construir o cuáles son los intereses o valores sociales que necesitamos defender, que el concepto de calidad de la vida se hace cuestionable, al menos a primera vista. Sabemos que no existe un “objetivo científico” que sea una medida neutral de la calidad de la vida. Ya se ha demostrado que los indicadores sociales, las herramientas metodológicas que se utilizan con mayor frecuencia para alcanzar tales medidas, están culturalmente sesgadas y determinadas política-

mente (De Neufville, 1975). Cada indicador social es el resultado de un proceso social conflictivo por definir las categorías culturales que enmarcan el campo de las políticas sociales para los cuerpos que toman las decisiones. Esto no quiere decir que los indicadores son inútiles. Pueden ser herramientas de política eficaces, pero no miden objetivamente la calidad de la vida. Sistematizan y clasifican el código de valores que una sociedad o una institución determinada considera deseable en un momento histórico particular.

También sabemos que las necesidades, los deseos y los valores son productos históricos (Heller, 1974), según lo ha demostrado el rico debate intelectual que ha tenido lugar en Italia sobre este asunto en los años recientes (Rovatti *et al.*, 1976; Balbo y Sieber-Zahar, 1979). Sin embargo, con frecuencia se ha extraído de una afirmación analítica tan importante, una conclusión práctica cuestionable. Si la calidad de la vida ha de ser medida de acuerdo con un modelo que es un producto socio-cultural, y si la sociedad se divide entre modelos socio-culturales correspondientes a cada uno de los variados actores sociales antagonicos, la tarea más importante es la de imponer el modelo que uno prefiere creando una relación de poder favorable. Una vez que se ha tomado el poder (ya sea en la cumbre del Estado o en la estrecha trinchera de una comuna libre) se puede establecer, internalizar y medir un modelo coherente. Sabremos así qué calidad de vida es, y seremos capaces de movilizar nuestras energías para acercarnos al modelo.

Por lo tanto, las políticas y la política que se apoyan sobre la definición cultural de las necesidades, sobre la base de algunos intereses sociales específicos, tienden hacia una visión unificada de la sociedad y la cultura y hacia el cumplimiento colectivo de las metas reconocidas como deseables por dicha cultura. Esto es cierto tanto para el mito de la racionalidad científica de la tecnocracia como para el mito de la libertad espontánea de las comunidades de la contracultura. El paralelo es aún más evidente entre los apologistas del capitalismo —quienes defienden las necesidades humanas en términos de mercados rentables— y entre quienes creen en el comunismo —cuando programan estas necesidades como un servicio público en el que el Estado decide cuál es la naturaleza humana y en qué medida la historia de la naturaleza humana toma en cuenta la redistribución en cada momento particular.

Lo malo de estas concepciones no es ni siquiera que tiendan implícitamente hacia un modelo uniforme de sociedad (algunos dirían totalitaria); es simplemente que se apoyan sobre *premisas históricas falsas*. Presuponen una situación social bajo la cual la regla es el consenso y el conflicto puede ser tratado como retraso (que puede subsanar

el progreso) o como subversión (que debe ser reprimida por el Estado). La experiencia histórica reciente demuestra que la *tendencia dominante* es exactamente la opuesta. Las sociedades son de manera creciente plurales y conflictuales y las fuentes del conflicto y del cambio histórico se diversifican cada vez más (Touraine, 1982). El conflicto de clase, en sí mismo, no nos permite comprender la dinámica de las sociedades modernas. La oposición de los sexos, las luchas étnicas, la protesta de la contracultura, los movimientos ciudadanos, la comunicación autónoma, la liberación de los Estados dependientes, etcétera, están creando todos ellos nuevos conjuntos de valores, defendiendo nuevos intereses, estableciendo nuevos patrones y, por lo tanto, redefiniendo continuamente el significado de la calidad de la vida.

Bajo estas condiciones históricas, uno puede adherirse a los intereses y valores de un actor social particular y por tanto definir la calidad de la vida desde una perspectiva particular. Tal posición no sólo es aceptable sino también necesaria. Sólo si cada actor desempeña su papel sin tratar de “comprender” los de los demás, y rehúsa aceptar la lógica superior de la totalidad, nuestras sociedades pueden mantener su diversidad y su dinámica, porque tal es nuestra especificidad histórica; de hecho, ésa es la trama que hemos identificado en nuestro análisis de las nuevas tendencias espaciales que surgen de la variedad de intereses y movilizaciones sociales. Pero también hemos observado en nuestro campo específico de análisis que, abandonadas a sí mismas, todas las tendencias actuales de reorganización del espacio marchan hacia una colisión importante cuyo resultado *no* será el triunfo de una o de otra, sino la desintegración de nuestras sociedades en campamentos de guerra patrullados por satélites computarizados y resistidos por poblaciones clandestinas.

El reconocimiento de la diversidad y el conflicto debe acompañar la creación de mecanismos institucionales que establezcan las conexiones necesarias para la coexistencia social, la comunicación, innovación, producción, consumo y toma colectiva de decisiones. Durante siglos (por lo menos) hemos vivido tratando de suprimir el conflicto de clases, ya sea manteniendo el *statu quo* o por medio de la lucha para lograr una sociedad sin clases después de un quiebre revolucionario mágico. En lugar de ello, el progreso de la humanidad ha traído una multiplicidad de fuentes de conflicto y de nuevos valores en tanto se mantiene el proceso de la lucha de clases. Por ello, un sistema político superior será el que reconozca la especificidad de nuestras sociedades y tome en cuenta la expresión y la influencia de todos los actores históricos sin rendirse ante la gravedad de cualquiera de ellas. Una proposición como la que antecede *no es* equivalente a la teoría pluralista liberal tradicional del Estado (que se basa en los individuos

y los intereses de grupos, y *no* en los necesarios actores históricos en conflicto), sino al reconocimiento del nuevo horizonte político creado en nuestro mundo por la interacción que se da entre el sistema político y los movimientos sociales (Touraine, 1980). El nuevo Estado debe desarrollarse de tal manera que todos los intereses y valores puedan ser expresados; que los diversos intereses y valores sean sopesados en términos de la hegemonía real que hayan alcanzado en la sociedad civil; que intereses y valores se articulen en partidos fundados sobre *programas políticos* más que sobre intereses de clase (como de hecho ya lo están en Europa); que se mantenga una apertura en el sistema político de tal modo que los intereses no dominantes puedan aún luchar, oponerse, y, en alguna medida, cambiar (y dinamizar) al sistema; y que se mantenga una distancia institucional importante entre el sistema político y los movimientos sociales, de tal manera que los últimos puedan mantener su autonomía y su creatividad, mientras el Estado desarrolle políticas que consideren el cuadro total de la sociedad sin conceder todo a los movimientos sociales que, aun siendo las fuentes de la creación social, no pueden ser las instituciones legítimas de la dirección política.<sup>5</sup>

Sólo si tienen lugar estas nuevas dinámicas entre los partidos políticos y los movimientos sociales, podemos detener el proceso de deslegitimación de las instituciones democráticas y la crisis del Estado. Sólo si la innovación tecnológica funciona junto con el mejoramiento de las relaciones sociales podemos superar la crisis en materia de productividad. Y sólo si el espacio vuelve a convertirse de nuevo en algo significativo, incorporándosele un nuevo significado histórico adaptado a nuestras sociedades, será posible que las ciudades lleguen a ser tejidos sociales de comunicación humana.

Las proposiciones esquemáticas que vienen a continuación presuponen esta posición política y estratégica. Además, de acuerdo con la preferencia subjetiva del autor por los movimientos sociales, el analista y el planificador urbano tienen la responsabilidad de desarrollar políticas estatales y municipales que ayuden al proceso que hemos delineado para que se adapten a las nuevas formas espaciales. Necesitamos un nuevo espacio que, *sobre la base del proceso histórico real del presente*, estimule el auto-gobierno urbano y regional, tome en cuenta la innovación tecnológica y cultural, promueva la productividad, eleve el consumo y restablezca la comunicación.

<sup>5</sup> Mi reflexión sobre los desarrollos actuales del Estado se ha apoyado mucho en la lectura del manuscrito del nuevo libro escrito por Carnoy (1984), quien desenvuelve la línea de pensamiento abierta por Poulantzas (1978).

#### 4. Nueva vida, nuevos espacios: hacia políticas alternativas urbano-regionales

Las políticas espaciales más innovadoras *no son* aquéllas que siguen a la revolución tecnológica actual sin tener cuidado con el quiebre actual de la sociedad. Las políticas urbanas más progresistas *no son* aquéllas que favorecen exclusivamente los intereses de la clase trabajadora, sino más bien aquéllas que promueven la productividad, la redistribución y la libertad, en tanto que preservan fundamentalmente la civilización. Civilización es un concepto pasado de moda que, de repente, se torna vivo e importante cuando alcanza el *status* de que en nuestro planeta de superpoderes y terror auto-glorificante la especie humana está en peligro.

Las políticas urbano-regionales más revolucionarias son las que restablecen la comunicación humana y expanden la toma democrática de decisiones, en tanto que se preserve la productividad y se promueve la igualdad en *nuestras condiciones históricas*. Es fácil convenir en la receta y casi imposible cocinarla. Sin embargo, por lo menos sabemos que nosotros (analistas y planificadores de lo urbano) debemos estar tratatando de hacerlo. Tratemos (como Glickman, 1981, por ejemplo) de abrir algo así como ventanas hacia la tierra desconocida de esta nueva frontera de investigación urbana.

Para empezar necesitamos *un nuevo instrumento de dirección política*, un dispositivo que conecte íntimamente al Estado con la sociedad civil mediante el *auto-gobierno local*, la *descentralización administrativa* y la *participación ciudadana*. Existe una abundante literatura sobre estos temas (Beaunez y Dejour, 1976; Bettinelle y Renzi, 1976, Cossutta *et al.*, 1977; Elía, 1977); sin embargo, con la importante excepción de Italia (a pesar de todas sus fallas), en el presente hay poca práctica de democracia participativa. Es evidente que ser democrático no resuelve todos los problemas, pero por lo menos establece un lazo entre la gente y las instituciones democráticas, un lazo de confianza, un lazo de información, un lazo de iniciativa y, eventualmente, de movilización. No obstante la dominación que puedan ejercer los poderes, un lazo de control popular ayudará a corregir el autoritarismo, la ineficiencia, la corrupción y la burocracia. El problema está en establecer el control popular y mantener este control aparte de la toma de decisiones institucionales democráticas. Como lo han sugerido Bobbio (1976) y Poulantzas (1978), los “soviets” pueden haber sido el primer paso hacia el stalinismo. Por eso es importante:

- 1) incrementar los poderes y la competencia de los gobiernos locales, puesto que estos gobiernos estrechan la conexión entre el Estado y la sociedad civil (Castells, 1981b);
- 2) descentralizar estos gobiernos locales, extendiendo sus poderes a los consejos elegidos por los vecinos (Varios autores, 1973);
- 3) organizar la participación ciudadana en dos niveles (Castells, 1978a): primero, la participación no organizada en reuniones abiertas de instituciones municipales y, segundo, la participación *consultiva* organizada de asociaciones voluntarias representativas a diferentes niveles en las asambleas institucionales así como en comités *ad hoc*.

Sin tal forma de gobierno, flexible, controlada y democrática, todas las reformas terminarán reforzando la burocracia y se profundizará la crisis de legitimidad. Por el contrario, si se establece tal mecanismo y se le mantiene durante un período bastante largo, como para ponerlo a prueba, el control cotidiano sobre las instituciones públicas terminará no sólo por restablecer la confianza y por suavizar (aun manteniéndolos) los conflictos, sino también por realzar la eficiencia.

Lo que ocurre con la mayor parte de los esfuerzos realizados para incrementar la democratización municipal (incluyendo la experiencia italiana) es que han conducido a que la influencia se distribuya sin que realmente aumente el poder, a causa de la falta de recursos financieros y competencia administrativa de la mayor parte de los gobiernos locales (Ferraresi y Kemeny, 1977). Además, muchas reformas administrativas han hecho referencia a una noción abstracta de democracia sin darle un nuevo contenido a las políticas urbanas. Por esto, aunque la reforma política es un prerrequisito para la reforma urbana, es el *contenido* de estas políticas urbanas el que habrá de decidir el éxito o el fracaso de los instrumentos creados para implementarlas.

¿Cuál es el contenido de estas políticas? Desde nuestra perspectiva, es la respuesta concreta que se le debe dar a las demandas e intereses que están siendo expresados en términos espaciales por los actores históricamente dominantes y por los nuevos movimientos sociales. Deben hallarse políticas que, tomando en consideración las relaciones de poder reales, permitan cambios culturales y tecnológicos para el desarrollo, en tanto se mantiene el modelo estructural de comunicación humana y de trato político. Tenemos que responder a la creciente demanda de servicios de consumo colectivo. Pero tal demanda se entiende con demasiada frecuencia en términos de más viviendas públicas y más servicios sociales. Es crucial considerarla en términos de diferentes tipos de servicios y amenidades urbanas. También tenemos que el largo período actual de austeridad económica hace demagógi-

cos muchos programas que requieren del tipo de finanzas públicas que en su mayor parte fracasaron en las últimas dos décadas (Campos-Venuti, 1978; véase también Clavel *et al.*, 1980). Lo que necesitamos es realzar el valor de uso de las amenidades urbanas cambiando la dirección de los servicios que vuelven a utilizar el espacio de una manera más sensible. Necesitamos una política de viviendas basada en la rehabilitación y el mantenimiento más bien que sobre un desarrollo extensivo. Necesitamos escuelas que estén abiertas durante dieciséis horas diarias, durante siete días a la semana, con diferente personal que sirva a la comunidad. Necesitamos oficinas privadas que se conviertan por la noche en centros culturales deducibles de impuestos. Necesitamos mansiones que se conviertan en centros subsidiados para el cuidado de los niños. Necesitamos centros de salud vecinales que practiquen la medicina preventiva y mejoren la salud de una ciudad a costos de funcionamiento mucho menores que los de un hospital importante. Necesitamos que los jóvenes tomen a su cargo los servicios públicos sobre la base de nuevas responsabilidades para acabar con los privilegios de las viejas mañas de las burocracias enquistadas. Necesitamos un sistema de transporte que combine el tiempo y el espacio de una manera flexible para organizar el tránsito; que cree *senderos para caminar* (y no zonas pedestres) a través de la ciudad, para restablecer la energía humana como un medio de transporte auxiliar; que utilice bicicletas; que combine la electricidad con la gasolina; que articule la circulación de autos privados con los medios de transporte masivo, según las diferentes horas, actividades y poblaciones. Necesitamos un plan para el uso de la tierra que estimule la conservación y la maximización de sus usos; que elimine la especulación con la tierra como la única actividad capitalista que nada tiene que ver con el progreso de la humanidad; y que oriente el crecimiento cuando y donde sea necesario, de tal manera que siempre pueda haber tratos entre quienes se ocupan privadamente del desarrollo y las autoridades públicas. En resumen, con el mismo presupuesto y con instrumentos legales similares son posibles muchas reformas si existe una firme voluntad política y una política de planeamiento clara, basada sobre el principio de que la ciudad existente y su desarrollo gradual tienen que ser preservados y manejados como un *valor de uso colectivo*, en lugar de que se haga obsoleta antes de tiempo y se someta al valor de cambio de apropiación privada.

Pero todos los servicios urbanos del mundo no nos salvarán de la barbarie si no *restablecemos la comunicación* en nuestras metrópolis. Ya he mencionado en este ensayo que en todo el mundo está en marcha un reacción en contra del monopolio de los mensajes por los medios masivos de comunicación; contra la penetración y destrucción

de las culturas nacionales, étnicas y locales mediante el uso de códigos uniformados; y contra los límites estructurales de la interacción cara a cara. La mayor parte de estas reacciones toman la forma de comunidades subculturales, que cierran sus puertas y se oponen a todos los mensajes de fuera. Tal proceso es amenazante en grado sumo, porque en realidad destruye la interacción humana quebrándola en una miriada de fragmentos de existencias, las cuales, al desarrollarse de manera autónoma y separada, llegarán a ser incapaces de entenderse recíprocamente. Cuando el “intruso” se convierte en un extranjero, un “extraño”, constituye un peligro potencial y hasta puede convertirse en un enemigo, la ruptura del código cultural de comunicación es la matriz de la violencia urbana en espiral (Nebbia, 1977; Rex, 1982).

Además, los medios masivos (en particular la TV) han fracasado en su intento de crear una cultura homogénea. Tal cultura (que efectivamente existe) sólo es parte de las experiencias de la gente. Aparte de algunas vanguardias que se organizan como comunidades de la contracultura como anti-TV, la mayor parte de la gente reacciona desconectando el aparato cuando sus necesidades de comunicación no fueron satisfechas por los flujos de información de una sola vía. La dinámica del capitalismo está transformando esta frustración en un nuevo (y fantástico) mercado: TV y video.<sup>6</sup> Este medio masivo se está descentralizando cada vez más y el monopolio de los mensajes está llegando a su fin. Sin embargo, la comunicación no se restablece. Hasta podemos pensar que nos enfrentamos con un desastre en la comunicación a través de dos males paralelos que, a título de provocación llamaremos “el modelo norteamericano” y “el modelo italiano”. En el “modelo norteamericano”, las grandes redes de TV desinvierten en sus programas nacionales, comienzan la producción de videos en forma masiva y compran y desarrollan una inmensa red descentralizada de miles de cables de TV de la comunidad. Ahora el mensaje se diversifica, de acuerdo con las necesidades de un mercado crecientemente segmentado. Pero el monopolio del código está todavía allí, y el modelo de una vía continúa manteniendo, y en realidad profunizando, la crisis de comunicación entre individuos y subculturas.

En el “modelo italiano”, las subculturas están altamente tecnificadas. Puesto que la tecnología esta allí, puesto que la gente ha abandonado para siempre la “galaxia de Gutenberg”, puesto que el envío descentralizado de mensajes visuales es ahora posible, las estaciones de radio locales y los cables de TV subculturales tomarán el campo de la

<sup>6</sup> La mayor parte del análisis subsiguiente se basa sobre el conocimiento y experiencia práctica del Dr. Françoise Sabbah del Broadcasting and Communication Arts Department de la Universidad Estatal de San Francisco, California.

comunicación. Pero como dicho proceso tiene lugar a lo largo de las líneas de la competencia del mercado libre, y sin haber restablecido el *patrón social de comunicación*, el resultado es el del reforzamiento tecnológico del tribalismo cultural. No sólo están las ondas de la TV chocando sobre las fronteras de espacios de frecuencia demasiado estrechos, empañando así la recepción, sino que también la definición de los públicos cautivos autónomos traza las líneas de la nueva microcultura, fraccionando aún más el marco cultural de referencia de grupos sociales diferentes. El resultado neto es la coexistencia tanto del monopolio de los mensajes por las grandes redes como de los códigos cada vez más estrechos de las microculturas locales en torno del cable de TV de la parroquia. La comunicación no sólo desaparece sino que es reemplazada por una miriada de códigos intransferibles.

Si la ciudad es también una red de comunicación, si la interacción humana condiciona la economía, la política y las instituciones sociales, ninguna de las políticas metropolitanas de nuestra época puede evitar intervenir en el manejo de la información y la comunicación. Al considerar ese manejo debemos comenzar por partir del supuesto de que las nuevas tecnologías audio-visuales están aquí para quedarse. ¿Qué vamos a hacer a ese respecto y con qué?

Con el primer elemento de una política de comunicación urbana debemos recordar el hecho de que estamos tratando de mantener la diversidad de culturas autónomas o semiautónomas y de hacer posible su capacidad de comunicarse recíprocamente y con la "cultura global" (lo cual significa la cultura institucionalizada por el Estado y por las fuerzas económicas). Por lo tanto, debemos apoyar activamente la cultura de los vecindarios y aun las contraculturas emergentes. El apoyo, desde el punto de vista del Estado, toma básicamente la forma de la no represión, pero puede también incluir apoyo financiero y administrativo así como el reconocimiento público de la legitimidad e intereses de estas culturas.

Sobre dicha base es importante permitir (y de ser necesario estimular) el cable de TV de la comunidad, con el fin de mantener fuera del nuevo sistema a las grandes redes, pues de otra manera toda la dialéctica entre lo local y lo global se hunde.

Dichas estaciones de cables de TV de la comunidad deben estar técnicamente bien equipadas; *necesitan expertos*. La idea de que la gente puede hacer su propia producción visual es un mito populista. Lo que se puede hacer es que, bajo la guía de los expertos, la gente participe en la producción y distribución de su cultura visual, en especial si el entrenamiento en video, que parece ser más urgente que nunca, se introduce en la próxima generación a nivel de la escuela primaria.

Dentro de la forma de una red de estaciones de cables de TV loca-

les, se tienen que resolver tres problemas para poder desarrollar una nueva, diversificada e interactiva cultura visual:

a) Se debe hacer una conexión entre la video-cultura y las interacciones sociales de la gente. Una fórmula posible podría ser la de conectar las TV locales con centros comunitarios en los cuales la gente se reúna para producir programas así como para observarlos, sobre la base de un sistema interactivo de dos vías. Por supuesto que esta fórmula presupone la existencia de organizaciones populares.

b) Debe establecerse una conexión entre las diferentes estaciones de cables de TV locales. Esto puede lograrse mediante una combinación de sistemas interactivos entre los espectadores y su estación, y una conexión vía satélite intrametropolitano entre estaciones a realizarse varias veces por semana o en ocasiones especiales.

c) Debe establecerse la conexión entre las redes nacionales y las estaciones locales. Esto podría llevarse a cabo reservando un espacio de tiempo programado por la red para la producción que viene de las estaciones locales y requiriendo que las estaciones locales se conecten con las redes nacionales (o les liberen sus frecuencias) para cubrir los eventos especiales.

Las técnicas son diversas y pueden ser ajustadas con facilidad. Lo que importa es el propósito básico: el de estimular un desarrollo poderoso de la cultura autónoma de la gente común; reconocer el hecho de que dicha cultura en nuestra sociedad es audio-visual; interconectar estas expresiones culturales para evitar el tribalismo; organizar conexiones entre los principales remitentes culturales para evitar el localismo; y finalmente introducir sistemas interactivos al mayor número de niveles posible para establecer el flujo de dos vías, que es la precondición material de cualquier proceso de comunicación. Puede ser entonces que nuestras ciudades y nuestras vecindades lleguen a superar su aislamiento. Si las políticas de los gobiernos no pueden crear la emoción humana, pueden al menos permitir que fluya bajo las condiciones que hemos especificado.

Tal conjunto de nuevas políticas urbanas referidas a los servicios públicos, redes de comunicación entre la gente común y auto-gobierno local, debe articularse con un *desarrollo paralelo de nuevas políticas regionales* que traten de las nuevas condiciones espaciales del proceso de producción y en particular de la segmentación *internacional e interregional de dicho proceso*.

También debemos partir del supuesto de que esta situación constituirá una tendencia duradera y que el problema debe ser manejado

correctamente y no sólo a partir de la denuncia, por razones morales, de las multinacionales. Además, no hay nada fundamentalmente equivocado con respecto a la industrialización del Tercer Mundo; ni con respecto al incremento de la escala de la competencia internacional; o por forzar a las industrias gigantes, obsoletas y parasitarias, como la del automóvil en los Estados Unidos, para que realicen innovaciones y se adapten a las nuevas condiciones de los valores sociales y los recursos energéticos. Puesto que estamos, y estaremos de manera creciente, en una economía mundial, es inevitable que los procesos de producción y distribución se expandan por todo el planeta beneficiándose de las nuevas tecnologías del transporte y la comunicación. La reestructuración de industrias, la organización y el poder que tales procesos van a producir en muchos países, podría quizá aumentar las oportunidades para la innovación tecnológica, la eficiencia económica y el cambio social bajo las condiciones de una presión social ejercida por la movilización política de la gente.

Sin embargo, el principal problema con respecto a la formación de un espacio productivo de alcance mundial no reside en el fenómeno en sí mismo, sino más bien en el hecho de que *la deslocalización del proceso remueve los mecanismos existentes de control social*. En otras palabras, las multinacionales tienen éxito en mantener la unidad de la dirección y el control centralizado de los flujos de capital, pero fraccionan el *trabajo* (y por lo tanto a los trabajadores), la *localización* (y por lo tanto las comunidades habitacionales), los *mercados* (y por lo tanto a los consumidores) y a los *Estados* (y por lo tanto el control político). Hemos señalado que las consecuencias de dicha tendencia pueden ser tremendamente destructivas, tanto en lo social como en lo político, lo cual, en último análisis conduciría también al caos económico y detendría la innovación tecnológica. Las economías y las sociedades tienen que ser reconectadas si queremos manejar las tensiones de manera creativa en vez de tratar de sacar ventajas decisivas a nuestros rivales, ventajas que nos precipitarán a todos al abismo.

Necesitamos políticas regionales que, en tanto mantengan las nuevas ganancias de la productividad a partir de una nueva división espacial del trabajo, sean capaces de establecer nuevas formas de control social sobre el proceso de producción, tanto en términos de una eficaz asignación de los recursos económicos, como —y esto es más importante— en términos de un poder efectivo de los trabajadores, de los ciudadanos y de las instituciones políticas, por encima de las organizaciones económicas. Esta afirmación parece ser una expresión de buenos deseos, puesto que es difícil imaginar una organización internacional eficaz de trabajadores y comunidades, y menos aún un Estado democrático supranacional. Sin embargo, con mucha frecuen-

cia, la posibilidad de control social sobre las operaciones de una multinacional *si existe* porque en una región particular las comunidades locales, la mano de obra organizada o las autoridades públicas pueden, realmente, someter a una presión decisiva a una empresa en particular. Por lo general falta información sobre las conexiones entre las operaciones locales y la red mundial. También falta una estrategia relativamente común entre los trabajadores y los ciudadanos, quienes están espacial y culturalmente separados, pero económica y políticamente conectados mediante procesos que ellos en gran parte ignoran. Crear instituciones que recolecten y diseminen información sobre la nueva división internacional del trabajo, que unan a los actores sociales comprometidos en la elaboración de metas comunes y que proporcionen alternativas viables de desarrollo que integren la eficiencia económica con el bienestar social, es una tarea histórica de principal importancia. Así pues, las condiciones técnicas e informacionales para un control social renovado del proceso de producción pueden crearse a nivel internacional, y el control popular y la implementación política de esta estrategia general serán el resultado de la iniciativa nacional o regional por intermedio de las organizaciones e instituciones existentes.<sup>7</sup> Ha comenzado una nueva era de políticas regionales. Nos corresponde a nosotros reconocer la transformación de la problemática y enfrentar el desafío.

Un esfuerzo similar de imaginación debe hacerse para enfrentar *otra tendencia predominante de la nueva división espacial del trabajo*, otra tendencia que está alterando fundamentalmente el proceso de trabajo y la organización de la vida cotidiana en nuestras sociedades. Al mismo tiempo que la producción se internacionaliza, el proceso de trabajo se encoge en el espacio y se convierte de nuevo en producción doméstica. El *desarrollo de la "economía informal"* (básicamente las actividades económicas no reguladas por el Estado) y su expresión más importante, *el trabajo a domicilio*, están cimbrando los fundamentos de nuestro tejido social. Aquí, además, las perspectivas de la evolución económica en los años por venir tenderá a incrementar el fenómeno en todo el mundo, puesto que representa la consecuencia final de la crisis general del Estado del bienestar. Mientras tanto, la revolución tecnológica que está en curso hará posible el desarrollo de esta tendencia descentralizando las tareas de servicios y las articulará centralmente mediante la telecomunicación. Por lo tanto, el trabajo a

<sup>7</sup> Un muy buen ejemplo de los esfuerzos para crear nuevos cuerpos de acción investigativa es el del grupo conjunto internacional formado por los sindicatos de trabajadores de la industria del automóvil en Italia y los Estados Unidos, bajo el liderazgo intelectual de Paolo Ceccarelli y Ben Harrison.

domicilio y la economía informal pueden presagiar la próxima etapa de la racionalidad capitalista, en lugar de constituir los remanentes de las pequeñas empresas que están sobreviviendo a la crisis. Ninguna política regional puede ignorar este fenómeno: negarlo no eliminará la cuestión. Una vez más, el asunto crucial es el de restablecer el control social del proceso de trabajo que se está perdiendo en las circunstancias presentes. Proporcionar servicios sociales y cobertura de salud pública a la gente que esté trabajando en su casa podría ser una invención que empezara a reagrupar y organizar a estos trabajadores, en tanto se respetaran sus condiciones específicas propias y las dinámicas de su relación con el proceso productivo. La conexión entre obreros-domiciliarios (informal), pequeñas empresas y residentes de la comunidad, si ellos intentaran definir y controlar su desarrollo espacial local, podría dar un significado social a la reunión histórica de lugares de trabajo y residencia. La conexión entre los servicios de las mujeres y sus organizaciones (incluyendo las redes de solidaridad informal), por una parte, y las trabajadoras domiciliarias (porque la mayor parte de ellas son mujeres), por otro lado, podrían probablemente poner en movimiento una conexión entre los problemas femeninos y las nuevas condiciones de las mujeres trabajadoras. En resumen, las nuevas políticas regionales metropolitanas deben reconocer la realidad de la economía informal, beneficiarse de las habilidades empresariales que en ella se desenvuelven, hacer avanzar la reintegración del trabajo, la residencia y la comunidad en tanto se reorganiza colectivamente a los obreros y se restablece el control social sobre el proceso productivo bajo las nuevas condiciones históricas; es decir, reconstruir y reorganizar el movimiento laboral.

No obstante el nivel superficial que estas proposiciones pudieran tener para las nuevas políticas urbano-regionales, nuestro fin es el de subrayar la necesidad de reconocer las tendencias que están minando nuestras instituciones y empañando los canales de comunicación social, aun sin producir necesariamente el cambio social. Las nuevas relaciones entre el espacio y la sociedad podrían conducir a la destrucción del significado urbano y a la disolución de las culturas y regiones en flujos abstractos de decisiones tecnocráticas. Si esta tendencia continúa, la tecnocracia emergente tendrá que actuar como un ejército de ocupación sobre la vasta región interior de todo el planeta. Sin embargo, actuar contra esta tendencia no es sólo un asunto de resistencia; requiere movilización social y voluntad política sobre la base tanto del reconocimiento de las tendencias históricas actuales como de la consideración de los poderes reales con los cuales tendremos que negociar. Si tenemos éxito en transformar la crisis en un proceso de cambio, no será la revolución de nuestros sueños que, de hecho, la expe-

riencia histórica ha transformado en las pesadillas actuales; será un experimento dentro de nuevas formas políticas, de trabajo y de consumo. No recobramos el paraíso perdido de una calidad de vida que nunca existió, excepto para una élite aristocrática, pero controlaremos el desarrollo de una nueva historia, basado sobre la expresión creativa de una diversidad de actores sociales y sobre el manejo dinámico de los conflictos que surgen en el proceso. Puede ser que estemos entonces alcanzando la verdadera calidad de la vida: cuando la vida sea capaz de fluir y de irrigar nuestra experiencia sin temor y sin límites.

*Traducción de Rosa Cusminsky*

### **Bibliografía**

- Alcaly, R. y D. Mermelstein, editores: (1977), *The fiscal Crisis of American Cities*, Nueva York, Vintage Books.
- Anderiesen, G.: (1981), "Tanks in the streets: the growing conflict over housing in Amsterdam", en *International Journal of Urban and Regional Research*, 5 (1) 83-95.
- Aranowitz, S.: (1973), *False Promises*, Nueva York, Vintage Books.
- Balbo, L. y R. Siebert-Zahar editores: (1979), *Interference. Lo Stato, la Vita Familiare, la Vita Privata*, Milán, Feltrinelli.
- Beaunez, R. y M. Dejour: (1976), *La commune, le Conseil Municipal et les Citoyens. Pourvoir Local et Démocratie*, París, Tema.
- Bettinelle, R. y E. Renzi: (1976), *Alternativa ed Elementi di Socialismo nelle Comunità Locali*, Milán, Feltrinelli.
- Bobbio, N.: (1976), "Quale socialismo" en *Mondoperario* 29-55-63.
- Bollens, J. C. y H. J. Schmandt: (1965), *The Metropolis: Its People and Economic Life*, Nueva York, Harper and Row.
- Burchell, R. W. y D. Listokin editores: (1981), *Cities Under Strees Center for Urban Policy Research*, Piscataway, N. J., Rutgers University.
- Business Week*: (1981), "America's new immobile society", 27 de julio.
- Campos-Venuti, G.: (1978), *Urbanistica e Austerita*, Milán, Feltrinelli.
- Carnoy, M.: (1984), *The State: Theories for a New Society Forthcoming*.

- Castells, M.: (1972), *La Question Urbaine*, París, Maspero.
- Castells, M.: (1975), "Immigrant workers and class struggle in advanced capitalism: the Western European experience" en *Politics and Society* 5 33-66.
- Castells, M.: (1978a), "Bases teóricas y metodológicas para la participación ciudadana", mimeo, Madrid, Gerencia de Urbanismo.
- Castells, M.: (1978b), *City, Class and Power*, Londres, Macmillan.
- Castells, M.: (1980a), *The Economic Crisis and American Society*, Princenton, N. J. y Oxford, Princeton University Press y Basil Blackwell.
- Castells, M.: (1980b), "Multinational capital, national states, local communities", WP-334, Institute of Urban and Regional Development, University of California, Berkeley.
- Castells, M.: (1981a), *Crisis urbana y cambio social*, Madrid, Ed. Siglo XXI.
- Castells, M.: (1981b), "Local government, urban crisis and political change" en *Political Power and Social Theory, Research Annual*, vol. 2, Greenwich, CT, JAI Press, pp. 1-16.
- Castells, M.: (1983), *The city and the Grassroots*, Londres y Berkeley, Edward Arnold y University of California Press.
- Castells, M. y G. Kosack: (1973), *Immigrant Workers and Class Structure in Western Europe*, Londres, Oxford University Press.
- Clavel, P., J. Forester y W.W. Goldsmith editores: (1980), *Urban and Regional Planning in an Age of Austerity*, Elmsford, Pergamon Press.
- Conference of Socialist Economists' Group: (1979), *Struggles Over the State, Cuts and Restructuring in Contemporary Britain*, Londres, CSE Books.
- Cossutta, A., M. Stefanini y R. Zangheri: (1977), *Decentramento e Partecipazione*, Roma, Editori Riuniti.
- Crozier, M., S. Hungtinton y J. Watanuk: (1975), *The Crisis of Democracies, Report on the Governability of Democracies*, Nueva York, Columbia University Press.
- Dagnaud, M.: (1976), *Le Mythe de la Qualité de la vie et la Politique Urbaine en France*, París, Monton.
- Dear, M. y A. J. Scott, editores: (1981), *Urbanization and Planning in Capitalist Society*, Nueva York, Methuen.
- De Neufville, J.: (1975), *Social Indicators and Public Policy*, Amsterdam, Elsevier.
- Duncan, O. et al.: (1964), *Metropolis and Region*, Baltimore, The John Hopkins University Press.
- Elia, G.F.: (1977), *La Partecipazione Tradita*, Milán, Sugarco.
- Fainstein, N. y S. Fainstein editores: (1982), *Urban Policy under Capitalism*, Beverly Hills, Sage.

- Ferraresi, F. y P. Kemeny: (1977), *Classi Sociali e Politica Urbana: Destra e Sinistra nelle Amministrazioni Locali*, Roma, Officina Edizioni.
- Foucault, M.: (1975), *Surveiller et Punir*, París, Gallimard.
- Fourquet, M. y L. Murard: (1973), "Les équipements du pouvoir", monografía, París, Centre de Recherche et de Formation Institutionnelle.
- Friedland, R.: (1983), *Crisis, Power, and the Central City*, Londres, Macmillan.
- Giddens, A.: (1981), *A Contemporary Critique of Historical Materialism*, Berkeley, University of California Press.
- Glickman, N.: (1981), "Emerging urban policies in a slow-growth economy", en *International Journal of urban and Regional Research*, 5(4)492-528.
- Habermas, J.: (1973), *Legitimation Crisis*, Boston, Beacon Press.
- Hall, P.: (1966), *The World Cities*, Londres, Weidenfeld and Nicolson.
- Hall, P. editor: (1977), *Europe 2000*, Nueva York, Columbia University Press.
- Harloe, M. y E. Le Bas editores: (1981), *City, Class and Capital*, Londres, Edward Arnold.
- Harrey, D.: (1975), "The political economy of urbanization in advanced capitalist countries, the case of the US" en *Urban affairs Annual Reviews*, Beverly Hills, Sage, pp. 119-163.
- Haller, A.: (1974), *La teoria dei Bisogni in Marx*, Milán, Feltrinelli.
- Laska, D. y R. Spain: (1980), *Back to the City*, Elmsford, Pergamon Press.
- Leven, Ch.: (1979), "Economic maturity and the metropolis' evolving physical form" en *The Changing Structure of the City*, Beverly Hills, Sage, pp. 21-45.
- Martin, J.: (1981), *Telematic Society: A Challenge for Tomorrow*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall.
- Mayer, M.: (1984), "Urban squatters in Germany" en *International Journal of Urban and Regional Research*, núm. 8.
- Meier, R.: (1962), *A Communication Theory of Urban Growth*, Cambridge, MIT Press.
- Mollenkopf, J.: (1981), "The north-east and the south-west: paths toward the post-industrial city" en *Cities Under Stress*, Piscataway, Center for Urban Policy Research, Rutgers University.
- Murard, L. y P. Zylbermann: (1976), *Ville, Habitat et Intimite*, París, Centre de Recherche et de Formation Institutionnelle.
- Nanetti, R.: (1977), *Citizen Participation and Neighborhood Councils in Bologna*, tesis de doctorado, Ann Arbor, Department of Political Science, University of Michigan.

- Nebbia, G.: (1977), "L'ambiente urbano como base potenziale di conflitto e di violenza" en *Citta é Regione*, 3, 129-142
- Osborne, A.: (1979), *Running Wild. The Next Industrial Revolution*, Nueva York, McGraw-Hill.
- Poulantzas, N.: (1978), *L'Etat, le Pouvoir, le Socialisme*, París, PUF.
- Rex, J.: (1982), "The 1981 urban riots in Britain" en *International Journal of Urban and Regional Research*, 6, 99-114.
- Rovatti, P. A., R. Tomasini y A. Vigorelli: (1976), *Bisogni e Teoria Marxista*, Milán, Mazzota.
- Sabbah, F.: (1981), "A communication model for citizen participation", apuntes de seminario, San Francisco, Department of Broadcasting and Communication Arts, San Francisco State University.
- Saxenian, A. L.: (1980), *Silicon Chips and Spatial Structure: The Industrial Basis of Urbanization in Santa Clara County, California*, tesis de maestría, Berkeley, Department of City Planning, University of California.
- Stanback, T. M.: (1979), *Understanding the service economy; Employment, Productivity, Location*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Sternlieb, G. y J. W. Huges, editores: (1976), *Post-Industrial America: Decline and Inter-Regional Job Shifts*, Piscataway, Center for Urban Policy Research, Rutgers University.
- Tabb, W. y L. Sawyers, editores: (1977), *Marxism and the metropolis*, Nueva York, Oxford University Press.
- Tilly, C.: (1977), *From Mobilization to Revolution*, Reading, Addison-Wesley.
- Toffler, A.: (1980), *The Third Wave*, Nueva York, William Morrow.
- Touraine, A.: (1980), *L'Après-socialisme*, París, Grasset.
- Touraine, A. editor: (1982), *Movements Sociaux d'Aujourd'hui. Acteurs et Analystes*, París, Les Editions Ourrières.
- Varios autores: (1973), *I Consigli di Quartiere*, Roma, Editori Riuniti.
- Varios autores: (1975), *São Paulo: Crescimento e Pobreza* São Paulo, Edições Loyola.